

UNA PARÁBOLA PARA LA PANDEMIA

JESÚS MARÍA ALEMANY

Martin Luther King era asesinado el Jueves Santo, 4 de abril de 1968. Fue profeta y mártir de la conquista de los derechos civiles para la población negra. Después de su asesinato la causa experimentó un avance sin retorno en las leyes estadounidenses y progresivamente en la misma realidad. La noche previa a su asesinato en Memphis, ante una muchedumbre desbordante de afroamericanos, King recordó e interpretó con pasión su parábola bíblica de cabecera: el Buen Samaritano. Una víctima está desangrándose al borde del sendero. Un sacerdote y después un levita lo ven pero dan un rodeo y siguen su camino. Sólo un samaritano, un excluido social y hereje, se acerca a ayudarlo y consigue mantenerlo en vida.

A King no parece importarle qué norma concreta alejó a los que eran expertos en leyes o qué cuidados utilizó el samaritano que las ignoraba y era despreciado por ello. Busca identificar qué movía el interior de cada uno. Explica: “La primera pregunta que el sacerdote y el levita se hicieron fue: *‘Si me detengo a ayudar a este hombre ¿qué me ocurrirá a mi?’* El samaritano en cambio se acercó porque invirtió la pregunta: *‘Si no me detengo a ayudarlo ¿qué va a pasar con él?’*”. La sabiduría que quería transmitir Martin Luther King en la relectura de la parábola es evidente. Más allá de las necesidades, conocimientos, medidas concretas, sobre lo que podemos debatir sin fin lo que salva a las víctimas al borde de los caminos de la historia es la dirección de la pregunta que se esconde en nuestro interior: ¿qué me sucederá a mí o a mis proyectos? ¿qué les sucederá a ellos?

Esta parábola, una de las páginas bíblicas más bellas, ha servido a muchos creyentes y no creyentes, algunos de ellos muy señalados, en momentos críticos personales y colectivos. Me gustaría que fuera nuestra parábola de cabecera también ahora en la pandemia de la Covid19, que constituye una emergencia cuya gravedad no sé si todavía comprendemos. No encontramos una víctima desangrándose. Es un ingente número de víctimas. Es un mundo herido y abatido.

Existen muchos expertos en las leyes de la política, en economía, en medicina, en comunicación, en religión. Pero sus conocimientos y propuestas no serán capaces de servir al bien común si su inquietud interior no confesada es: “¿Qué me sucederá a mí, a mi sillón institucional, a mi partido, al resultado de las elecciones, a los intereses de mercado, si junto a otros me aproximo a las víctimas de la pandemia y de la desigualdad?”. Sin embargo no tendrá dificultad de integrarse en un esfuerzo común quien rumia con honestidad la pregunta: “Si junto a otros no me aproximo ¿qué va a ocurrir a esta persona, a nuestro pueblo, a la humanidad?”.